

Notas sobre la crítica de arte en México



TERESA DEL CONDE

No me propongo hacer historiografía de la crítica de arte en México, porque tendría que referirme a los historiadores-críticos que, como Justino Fernández o Paul Westheim, tanto contribuyeron a sentar las bases sobre las que este género se desarrolló en el presente siglo, que en un año más será el siglo pasado. Más bien pretendo reflexionar someramente acerca de los problemas que implica este género y avanzar algunos comentarios sobre su estado actual.

Convergen en México varias generaciones de críticos, comentaristas, escritores y cronistas de artes plásticas. Hay artistas que también escriben y por lo común lo que dicen es siempre bienvenido. Los discursos de los artistas tienen valor *per se* y, por supuesto, los que abordan la teoría se encuentran a la cabeza.

No es un secreto que la mayor parte de lo que se escribe sobre arte se concentra en la capital del país, pero también Guadalajara, Monterrey y señaladamente Oaxaca ofrecen veneros que resulta necesario capitalizar. No obstante, la cobertura crítica siempre es insuficiente, ya que la producción artística es mucho más abundante que las manifestaciones de su posible evaluación.

Uso este último término porque si un crítico no emite juicios de valor (como lo hizo de modo ejemplar el desaparecido Robert Valerio en sus análisis sobre Oaxaca) o no expresa sus predilecciones y objeciones, el género se corresponde simplemente con lo que en inglés se llama *artwriting*, ocupación para nada desdeñable si lo que se escribe es legible y no incurre en excesivos lugares comunes. Por desgracia no sucede así en todos los casos: centenares de notas introductorias a catálogos, de artículos de prensa y hasta

de ensayos que aparecen en revistas de gran renombre son huecos y repetitivos. Pueden deberse a compromisos, a la necesidad de llenar unas cuantas páginas, a la vocación laudatoria o recriminatoria, o bien a la simple urgencia de expresarse.

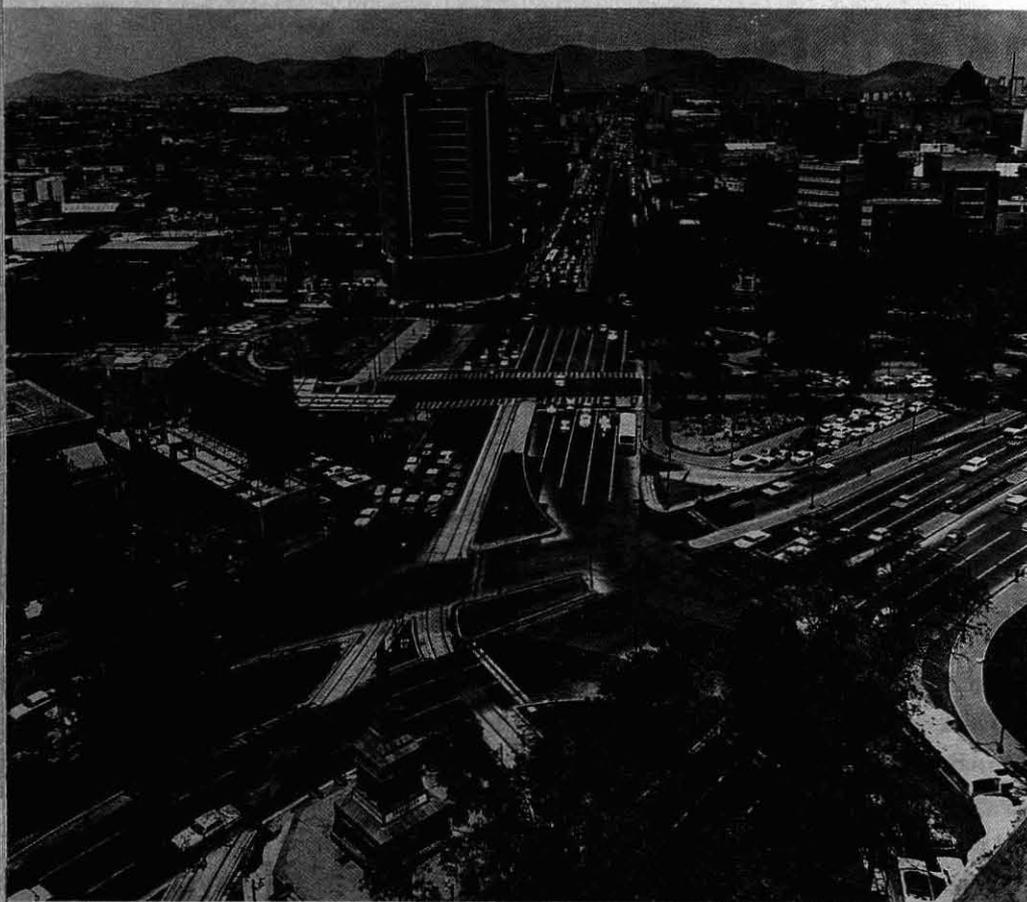
Así como “la vacuidad es una de las constantes del arte actual” según declara Carlos-Blas Galindo en una nota aparecida en *Unomásuno*, también lo son con incalculable frecuencia las presentaciones de catálogos y los textos sobre artes plásticas que aparecen en los periódicos.

Otras posturas, no vacuas por cierto, son a menudo demasiado dogmáticas, y yo creo que este género jamás debe aspirar a apresar la verdad con la mano. La audacia es muy bien acogida y la polémica también, pero la irreductibilidad no. La buena crítica de arte no busca establecer rutas como la que planteó Siqueiros en 1944, sino argumentar las apreciaciones ante lo que se analiza. De la argumentación y de la posibilidad de que ésta coincida con otras, depende su valía.

Este artículo debe responder a tres puntos, como lo solicitan los editores. Intentaré hacerlo muy brevemente.

Situación de la crítica de arte en México a fines del siglo xx

Voces verdaderamente autorizadas no hay muchas. ¿De qué depende la “autoridad”? No de fijar parámetros inamovibles, como ya señalé antes, sino de la posibilidad de establecer asociaciones entre las obras de un creador y una corriente o las producciones de varios artistas que concurren



Esquina de Reforma e Insurgentes, Ciudad de México, s. f.

en determinada exposición en un momento determinado, además de describir, relatar, contextualizar y cuestionar tales obras. Habría que distinguir aquí lo que el crítico comenta sobre figuras consagradas del pasado y lo que propone sobre el arte generado en el mismo momento en que vive. Las exposiciones en museos ofrecen ejemplos inmejorables para calibrar estas cuestiones, que en la actualidad enfocan el quehacer crítico no tanto hacia las obras en sí, sino muchas veces hacia la selección de las mismas, realizada mediante una curaduría. Por ejemplo, un crítico sagaz: James Oles, consideró que la exhibición *Pintura y vida cotidiana*, montada en el Palacio de Iturbide, fue una muestra en todos sentidos laudable. Con ciertos matices que no viene al caso precisar de momento, yo disentí en parte de su opinión porque la museografía se hallaba de tal modo atiborrada que impedía la observación concentrada de cada obra en particular. Me pareció, además, que la selección de piezas del siglo XX resultaba demasiado estándar en comparación con la correspondiente al rubro del arte virreinal y el del siglo XIX. ¿Quién tiene razón? En cierto modo ambos la tenemos en cuanto a que los dos *vimos la muestra*, la cotejamos con otras, obramos de buena fe y formulamos nuestras conclusiones. Si se hallaba atestada o no puede

carecer de relevancia, en cambio sí la tiene, desde mi punto de vista, la escasez en ella de obras contemporáneas, cuya inclusión a veces pareció forzada. En contraste, resultó inmejorable que la exposición comprendiera obras de épocas anteriores nunca antes exhibidas como ahora. Investigadores del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, capitaneados por Fausto Ramírez, junto con la directora de la Fundación Cultural Banamex, Cándida Fernández, fueron los responsables de esta visitadísima exposición.

Éste es un ejemplo entre muchos. Hay otros quizá más típicos: cuando muere un buen artista, se convierte en una especie de santo, casi intocable. Así sucedió a raíz de la desaparición, que todos lamentamos, de Alberto Gironella, quien no sólo abrió rutas inexploradas en el arte mexicano a través, paradójicamente si se

quiere, de su recalitrante hispanismo, sino que además fue un enorme pintor. Pero dejó de serlo hace tiempo, debido a circunstancias que aquí no es posible tratar. A su muerte, las laudatorias fueron tales que San Gironella alcanza un *status* inigualable, impoluto. Lo mismo sucede con Rufino Tamayo, quien pintó espléndidamente durante la etapa postrera de su vida, pero es un error considerar que fue un humanista porque planteó una visión sobre el hombre. Hay creadores que lo han hecho: Hogarth, Damién y Orozco, por citar a unos cuantos. Pero haber logrado eso no los hizo mejores artistas. Además, no todo lo que produjo Tamayo corresponde al mismo nivel, pues años luz de calidad llegan a separar una obra de otra elaboradas en fechas muy próximas, lo cual casi no ocurre, por ejemplo, con Cézanne, a quien le importaba un bledo si sus obras se vendían o no. ¿Por qué no nos atrevemos ya no sólo a decir esto, sino ni siquiera a pensarlo? Hay obras de Tamayo que, pese a ser ñoñas o repetitivas, guardan un valor —principalmente comercial— sólo por ser de su mano y llevar su firma. Y las hay también que constituyen parteaguas en la historia de la pintura latinoamericana del siglo XX. Creo que muchos somos conscientes de ello, pero, salvo el crítico y buen pintor Yishai Jusidman en un artícu-

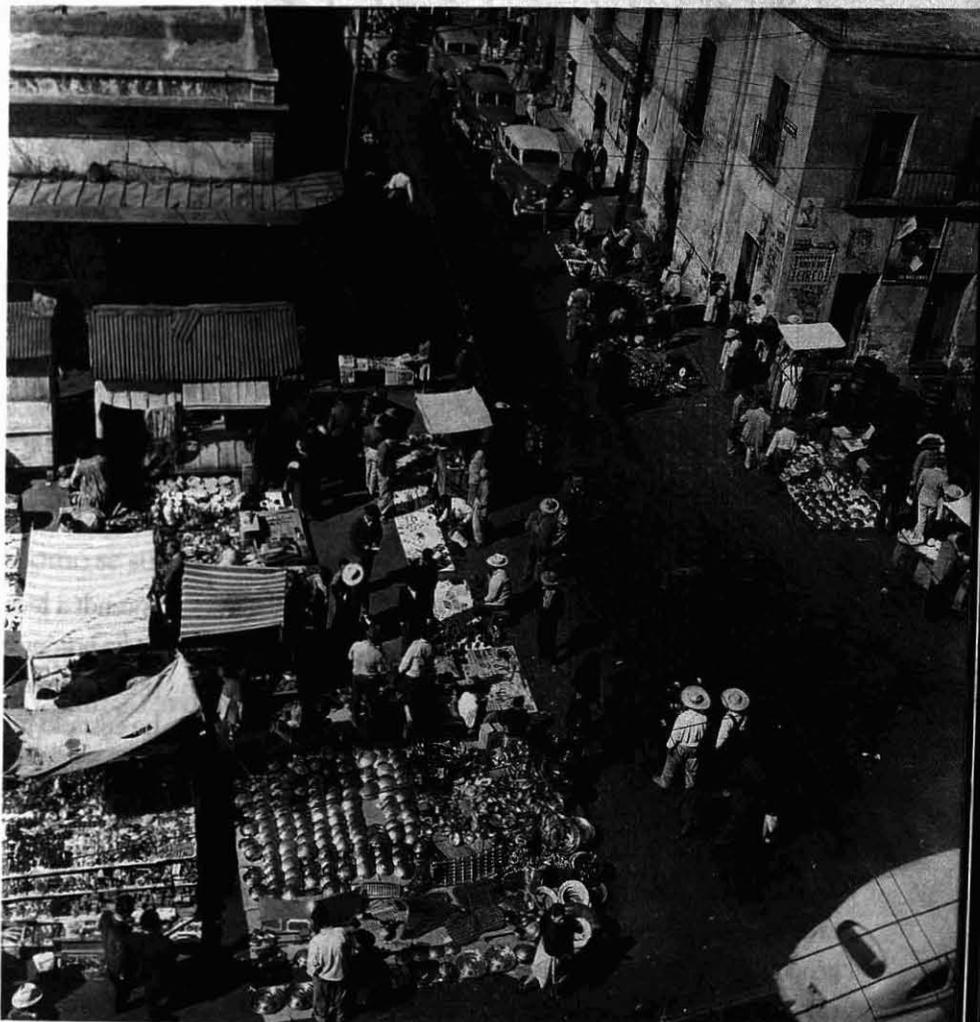
lo publicado en el periódico *Reforma*, nadie se ha atrevido a declararlo.

De repente algunos, incluso escritores o investigadores serios, exaltan al máximo a determinado artista por cuya obra en cierto momento sienten o sintieron fascinación. Pasan los años y ese creador desaparece del panorama, o bien no alcanza las alturas previstas. Por eso digo que el mejor crítico de arte es el tiempo, aunque sin duda se puede prever, al observar el arte emergente de la época, la posible consolidación de una trayectoria. Francisco Toledo llamó la atención desde su primera exposición individual con Antonio Souza en 1959. El tiempo daría la razón a quienes desde entonces elogiaron su arte.

Possible desarrollo de la crítica de arte en el siglo XXI

Pienso que o bien desde hace tiempo estamos en el siglo XXI o tardaremos en estar plenamente en él, por lo que no me es posible aventurar más que esto: los cibernautas extienden cada vez más el territorio de su acción y navegar indudablemente amplía los horizontes, aunque sean virtuales. De tal hecho resulta información muy accesible, aunque no queda tan claro si la asimilación, la reflexión, la ponderación de los hechos, corren al parejo con las habilidades ciberespaciales. Conozco a varios artistas que producen con ayuda de computadoras y medios electrónicos. Los que son buenos, sacan provecho de la alta tecnología, que desde mi punto de vista ha favorecido en forma muy específica los campos de la fotografía, las imágenes digitalizadas y el video. No obstante, la globalización necesariamente implícita en esto produce refritos en múltiples ocasiones. ¿Cuántos "hijos" tendrá un artista del calibre de J. Viola en este momento? Él ganó el primer premio en la versión 1995 de la Bienal de Venecia y la secuencia que presentó es realmente inolvidable. Pero como yo soy cinéfila, más que videófila, debo confesar que no presto mucha atención a esos medios, que por supuesto llegaron para quedarse. Sobre la crítica relativa a

ellos sólo puedo mencionar el nombre de Mónica Mayer, artista conceptual que continuamente se ocupa del asunto en su columna del periódico *Novedades*, que, por cierto, desde hace algún tiempo, abre con un retrato de la autora vista de frente. Gracias a ella y a su esposo Víctor Lerma, amante de las digitalizaciones, estoy más o menos al día de lo que se escribe sobre arte, debido a mi suscripción, desde sus inicios, a la recopilación hebdomadaria que realizan, titulada *Raya*. Es en sí un proyecto conceptual, de los más útiles y efectivos que he podido encontrar. Mayer rara vez escribe sobre pintura, pero la pintura no va a morir —no murió hace siglo y medio, cuando Delaroche dictó su primera acta de defunción al mirar una muestra fotográfica— ni van a morir el grabado, la talla directa, el ensamblaje, los fundidos en bronce, etcétera. Sin embargo, el arte conceptual, el *happening*, las ambientaciones y las instalaciones también llegaron para quedarse. En un amplio porcentaje se inscriben dentro de los lenguajes globalizados.



La Lagunilla, Ciudad de México, s. f.

No existen muchos Duchamp hoy en día, aunque sí recreadores de este inteligentísimo sujeto que tanto bien y tanto mal ha hecho a la historia del arte, porque no es lo mismo haber entronizado un urinario en 1917 que coronar un perchero en 1999. Cuando los críticos vemos este tipo de obras en las exposiciones colectivas, tenemos miedo de decir que en un sinnúmero de casos se trata de tomaduras de pelo, firmadas, eso sí. Las miramos estupefactos aunque impresionan mucho menos que las calaveras del día de muertos. Claro que hay excepciones, por lo general prove-

es un peligro porque, después de algún tiempo, la ley del péndulo viene a demostrar lo tantas veces dicho: en este campo nadie tiene la verdad absoluta. La interacción con otras disciplinas como la semiótica, el psicoanálisis, la historia de las ideas, etcétera es no sólo necesaria en un crítico de arte, sino indispensable. Los críticos de arte no somos profundamente apreciados por las altas instituciones culturales y eso frena el desarrollo del género. Hay un solo concurso que lo impulsa, instituido por la Fundación Luis Cardoza y Aragón, la cual otorga un premio anual al mejor

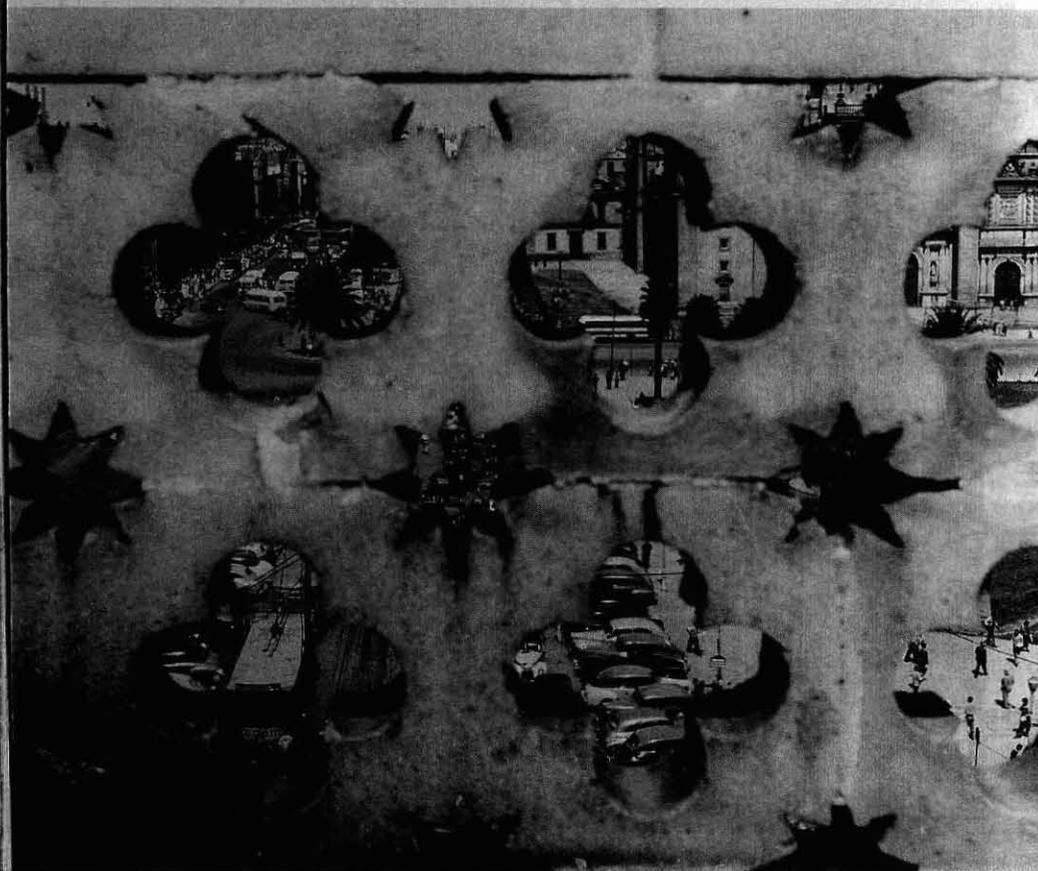
ensayo sobre crítica de arte. Los participantes son cada vez menos numerosos y otorgar los premios, por tanto, llega a ser difícil.

Por otro lado, pocos espacios periodísticos, en ciudades del interior de la República, acogen las manifestaciones del género, y lo hacen regañadientes o bien pagan tan poco que el *arturiter* mal alcanza a pagarse una cena discreta con el estipendio que recibe por su nota. Es de esperarse que la situación se modifique si se toma en cuenta que ciudades como Monterrey y Guadalajara han ideado modos inéditos de promover el arte.

Por último: yo seguiré prefiriendo el libro de ensayos críticos o la lectura en periódicos y revistas como la que el lector tiene en sus manos antes que las noticias que me llegan a través del ciberespacio. Pero ello se debe a mi adicción a la lectura de libros de todo tipo, surgida desde que

aprendí a leer. Por ejemplo, sigo consultando la *Enciclopedia británica* y no me haré del CD ROM que aparecerá próximamente. De hecho, no alcanzo a saber por qué me ha costado infinito trabajo habituarme a los discos interactivos, que cada vez adquirirán más fuerza aunque haya que desecharlos al poco tiempo, como no sucede con los libros.

En México, la crítica de arte no suele incidir en forma determinante sobre el mercado. Me parece que esta situación es sana, pero no deja de contrariarme que una cápsula televisiva o una entrevista (a veces bobísima) televisada logren influir más que aquella, pues lo juzgo nocivo. ♦



Zócalo, Ciudad de México, ca. 1959

nientes de artistas que cultivan otras disciplinas: señaladamente filosofía y muy en especial lingüística.

Fantasia personal sobre los avances en México

Hay en la actualidad una nueva generación de críticos de arte en extremo prometedora. En algunos casos se trata de historiadores de la materia que también practican ese género; en otros, son artistas con magnífica formación no sólo visual sino cultural. Tienen ingenio y saben usarlo. Suelen volverse diositos o diositas con suma facilidad y eso